



EN EL REINO DEL OSO

SVALBARD

Atravesar 300 kilómetros sobre los hielos de un archipiélago dominado por los osos polares. Convivir con los fantasmas de la ciudad abandonada de Pyramiden. Dejarse llevar por el viento que tira de las cometas hacia horizontes poco probables, cruzando glaciares y fiordos. ¿Os aventuráis con nosotros en el fiero territorio de Svalbard?

POR HERMENEGILDO "HILO" MORENO
 FOTOS: JOSÉ MIJARES
 ILUSTRACIÓN: F. DE AGUILAR MILANESE





Aunque no siempre es posible debido a las condiciones del viento, dejarse llevar por las cometas es la forma más eficiente de evolucionar por el hielo siendo respetuosos con este delicado entorno.

Longyearbyen, inicio de la travesía

Abril 2010. Once meses después aterrizaba de nuevo en el aeropuerto de Longyearbyen. El mismo tiempo despejado pero con algo más de calor. El mismo ambiente con viajeros que vienen o se van del Polo Norte. Las mismas personas con los mismos esquís y las mismas fundas de escopeta que vienen a este rincón del planeta con la idea de sentir todo el rigor y la dureza del Ártico. También esta vez, José Mijares, mi compañero, esperándome en el aeropuerto con su vitalidad contagiosa. El mismo oso diseado en la sala de recogida de equipaje que te mira con sus ojos de cristal y te recuerda que solo por haber pisado esta tierra fría al bajar del avión, acabas de descender un peldaño en la escala alimenticia.

Hace casi un año habíamos sido evacuados del sector norte de la isla después de veinte días en el hielo con temperaturas demasiado bajas y congelaciones en los pies. Esta vez intentamos ser más conservadores en el planteamiento de la travesía. Redujimos la distancia del itinerario. Queríamos conocer otra parte de la isla y además disfrutar y aprender de ella. Por ello pensamos una travesía de unas tres semanas desde la capital del archipiélago, Longyearbyen, hasta la estación científica internacional situada en la antigua localidad minera de Ny Alesund. Para ello teníamos que **recorrer cerca de trescientos kilómetros, cruzar tres fiordos congelados, atravesar más de diez glaciares y pasar por la famosa ciudad rusa abandonada de Pyramiden**. Este itinerario recorre la parte centro oeste de la isla.

Este año volvimos a confiar en la fuerza del viento, y por ello llevábamos un par de velas por cabeza de diferente tamaño (8 y 14 m²), con la idea de usarlas solo cuando la dirección del viento lo permitiera. El resto del tiempo progresamos esquiando, empleando nuestros esquís y fijaciones de Telemark, sistema que hemos elegido después de muchos viajes polares debido a su ligereza y comodidad.

Una mañana despejada con mucho sol arrastramos nuestras pulkas por las calles de Longyearbyen entre coches y motos de nieve. Salimos de la ciudad por el valle de Adventdalen rumbo a la cabaña de Fredheim, primera parada de nuestro recorrido, situada a 50 km de la ciudad y famosa por ser el lugar donde pasó más de 40 temporadas un antiguo trampero de Spitsbergen. En esta parte del recorrido aún son visibles algunos grupos de motos de nieve que lo recorren. Tras estos dos primeros días de acondicionamiento y después de dormir cerca de la mítica cabaña, nos dispusimos a cruzar el fiordo de Templefjorden, primera incursión marina de este viaje.

Al día siguiente el tiempo cambió y una suave brisa comenzó a levantarse. Pudimos aprovecharla con nuestras velas para cruzar el fiordo. Mientras cruzábamos de orilla a orilla sobre el mar congelado se sucedían a nuestros lados los respiraderos de focas con los cachorros recién nacidos y sus madres descansando sin separarse demasiado del agujero. Las siguientes jornadas fueron muy parcas en viento y tuvimos que ascender más de 500 m de desnivel. Cruzamos un elevado collado y descendimos por el glaciar hasta el Gipsdalen, precioso ejemplo de enorme valle glaciar en forma de U.

El quinto día en pleno valle nos sorprendió una fuerte ventisca, y después de navegar -en medio de lo que los viajeros polares llaman *white out* o blanco total- durante un par de horas, decidimos montar campamento tras una corta jornada de cuatro horas sin apenas visibilidad. El viento esta temporada soplaba a menudo a nuestro favor con intensidad variable; nos había permitido "navegar" a vela en los primeros cinco días más tiempo que en los dieciocho del año pasado.

Al séptimo día de expedición habíamos salvado en total más de mil metros de desnivel y nos acercábamos al segundo objetivo del periplo, lugar histórico que siempre había suscitado en nosotros una enorme curiosidad: la ciudad rusa abandonada de Pyramiden. Antes de llegar a ella debíamos descender al fiordo de Billefjorden y cruzarlo hasta llegar a la ciudad.

La tarde se iba tiñendo de plata como ocurre en los atardeceres de primavera en estas latitudes cuando el sol nunca se pone. Numerosas manchas negras aparecían y desaparecían sobre la nieve como moscas en un plato de leche. Eran focas que veían interrumpido su descanso por la llegada de dos esquiadores; a una distancia más que prudente nos miraban amenazadas y se deslizaban con delicadeza por sus respiraderos. Muchos de estos agujeros mostraban restos de sangre y diferentes manchas. A escasos kilómetros de la ciudad confirmamos nuestras sospechas, y una foca recién nacida se movía distraída cerca de su butrón. Encontramos numerosos restos de parto situados en agujeros en la nieve sobre el hielo siempre pegados a un conducto con conexión al mar. En este caso



la foca pequeña estaba cerca de nosotros y su madre asomaba el hocico de manera frecuente por el respiradero intentando advertir a la cría y llevársela a las profundidades. Asombrados por la escena rápidamente me di cuenta de que no estábamos solos en este cuadro. A unos trescientos metros de nosotros un oso polar levantaba la cabeza y ventaba sintiendo en su nariz el apetitoso aroma mezcla de parto, foca y un par de esquiadores despistados. **Fue nuestro primer encuentro con un oso polar, el rey de los depredadores en estas latitudes**. Rápidamente nos preparamos para cargar nuestras armas y disparar al aire ahuyentando al animal tal y como nos habían dicho en Longyearbyen que debíamos hacer. Al minuto habíamos logrado esa pose absurda más parecida a un dibujo de Bugs Bunny que a otra cosa: José sujetaba el extrañamente demasiado largo rifle de los años cuarenta mientras yo asía la pistola de bengalas como si fuese James Bond. El oso, advirtiendo nuestras intenciones, se limitó a no acercarse más y comenzar a rodearnos sin perdernos de vista. Decidimos abandonar la escena y dejar que la naturaleza siguiese su curso. El oso permaneció sobre el hielo vigilándonos como una mancha amarilla que se iba desdibujando a medida que avanzábamos.

Pyramiden, la ciudad fantasma

La ciudad de Pyramiden fue fundada en el año 1910 por los suecos. En 1927 fue vendida a la Unión Soviética pasando luego a Rusia, hasta que fue abandonada en 1998. Como muchos lugares de explotación minera, la ciudad vivió hasta que los recursos se agotaron. Las torres y estructuras de extracción carbonífera permanecen perfectamente visibles desde la lejanía. Situada entre una gran montaña de la cual adquiere el nombre y la bahía de Petuniabukta, la ciudad se encuentra a 78° 93' N, a tan solo 620 millas del Polo Norte. Antes de adormecerse la ciudad representaba el modelo social de ciudad soviética. Vivía ajena al resto del planeta, de manera casi autosuficiente. La comida era gratuita y contaba con un gran invernadero y corrales cubiertos para ganado. Los edificios dedicados a la actividad deportiva continúan en pie, y llaman la atención por sus dimensiones desproporcionadas. Presidiendo estos edificios al final de la ciudad se erige un gran busto de Lenin. La ciudad llegó a contar con más de mil habitantes, y en su biblioteca, con más de 50.000 volúmenes, se encontraban obras de Tolstoj, Pushkin y Sholojov. En el cine gratuito de Pyramiden cada noche se proyectaba una película diferente.



La compañía minera *Arktikugol Trust* declaró el 10 de enero de 1998 que el yacimiento carbonífero no daba para más y la ciudad se “cerraba”. Cuentan que el vuelo de regreso a Rusia se anunció con solo dos horas de antelación. **Los vasos intactos en el bar, los armarios abiertos de par en par y los dibujos aún colgando en la escuela nos indican que la salida fue muy rápida.** Como un niño al que sus padres mandan a la cama castigado antes de la hora, Pyramiden se echó a dormir antes de lo previsto. La madre Rusia no dejó a sus habitantes ni llevarse sus gatos de vuelta. Ahora merodean por la ciudad aunque estén prohibidos en el resto del archipiélago.

Nos habían comentado que un grupo de rusos vivía en el antiguo hotel intentando rehabilitarlo. A este edificio, o lo que queda de él, nos arrastramos en el octavo día de expedición. Cenamos algo, posamos nuestro equipo sobre los radiadores enormes encendidos en la entrada, y nos echamos a dormir entre botes de pintura, tablones de madera y azulejos de otra época desgastados por el tiempo y por el frío. Envuelto en el calor del edificio y echado sobre un suelo firme, mi cuerpo se apagó y mi cabeza comenzó a viajar liberada por fin de tan pesada carga. Unas horas más tarde nos despertamos y pudimos enterarnos de la situación. En Pyramiden habitan únicamente cuatro obreros que trabajan en la remodelación del hotel. Viven en el mismo edificio, y una señora, rusa también, se encarga de alimentarlos. La señora regenta el bar del hotel, hasta ahora única parte restaurada del edificio. Sin hablar una palabra de inglés nos invitaron a desayunar y hacer uso, cuando quisiéramos, del baño de una de las habitaciones en obras. Nos pidieron que les siguiéramos y, como por arte de magia, aparecimos en un precioso salón. Sentados en una larga mesa de madera oscura aparecieron frente a nosotros dos tazas de oscuro café servido en la más elegante

de las vajillas. Un trozo de pan con mantequilla y un pedazo de queso sobre ella remataban un desayuno que ninguno de los dos jamás hubiese imaginado.

Sobre las tres de la tarde dos individuos irrumpieron en el salón. El más alto calzaba botines hechos con piel de foca y rematados en punta. Vestía un mono impermeable de color rojo aparentemente en buen estado pero lleno de remiendos al ojo observador. Una gran parka de plumas caía hasta sus rodillas y de ella colgaban numerosos parches e insignias escritas en cirílico. El individuo llevaba un gorro de gruesa piel con aspecto pesado y caliente. **Sobre el gorro descansaban unas gafas de ventisca último modelo. Las orejas de piel grisácea del gorro se mezclaban con el inicio de una barba blanca y tupida que terminaba en punta a la altura de la barbilla.** Entre tanta piel y tanto pelo asomaban unos ojillos azules de gran transparencia. Vidriosos como los de un anciano, parecían reflejar a la vez todo el hielo de una vida entera en el Ártico. El hombre tenía un aspecto imponente. Le acompañaba una persona de baja estatura, equipo caro y recién estrenado que hablaba perfecto inglés. Nos saludaron con seriedad y simpatía.

Una hora después, no sé cuantas botellas de vodka vacías yacían sobre la mesa de los comensales. Tras el café nos acercamos a charlar un poco con ellos. El señor de pelo blanco y barba descargaba su dedo con fuerza sobre el mapa. Nosotros le habíamos colocado el mapa sobre la mesa, frente a él. Queríamos que nos aclarase una duda acerca de nuestro recorrido. Él balbuceaba palabras en español y movía su dedo fuerte y gordo por el papel. A cada movimiento de su mano yo pensaba que el papel se desgarraría. Entre frase y frase apuraba su pequeña copa rebosante de vodka. Parte acababa en su barba y parte en nuestro mapa. El resto caía a su estomago lleno también de líquido. Sus pantalones de



Llegada al campamento frente a la impávida mole del Tre Kroner.